

— ¡ Bueno ! dijo riendo, ¿ con que doy yo órdenes aquí ?  
Me encogí de hombros, porque nada comprendía de aquel capricho.

— ¿ Y qué ha dicho ? preguntó.

— Ha dicho, respondi con voz alterada, ha dicho : ¡ Oh !  
¡ pobres niños míos !

— ¿ De modo ?...

— De modo que por la primera vez de mi vida siento una cosa que se parece al remordimiento.

— Si es así, amigo mío, vos que tenéis el espíritu tan justo y el corazón tan bueno, es que en realidad por instigación mía habeis cometido una mala acción.

Y sentado en un sillón como estaba, levanté la cabeza que entre las manos tenía al oír las palabras que acababa de pronunciar, y la vi venir hacia mí, ponerse de rodillas, y con su más dulce voz, y con aquella lengua del país que tenía tan maravillosa influencia sobre mi corazón, decirme :

— Amigo mío, os pido perdón de mi maldad ; intenté llamaros al instante, pero estabais ya demasiado lejos.

Yo había llegado al colmo del orgullo.

— No, Úrsula, la dije, no sois mala.

— Si yo hubiera sabido que la marcha de ese jardinero había de poder causaros un disgusto real, nunca la hubiese pedido.

— ¿ Consentiriais pues en que le volviese á llamar ? pregunté vivamente.

— Sin duda, puesto que os digo que ahora siento tanto como vos su marcha.

— ¡ Oh ! Úrsula, exclamé ; ¿ qué buena eres !

Y me levanté dispuesto á echar á correr detrás del viejo.

— No, yo que soy la causa del pesar del buen hombre, debo reparar el mal que le he hecho.

Y obligándome a permanecer en la habitación, corrió á anunciar al viejo que había vuelto á entrar en mi gracia.

Esto era todo lo que ella quería, y así, el buen hombre creyó siempre que yo era quien había decidido despedirle, y Úrsula quien había obtenido su perdón.

Todo continuó durante tres ó cuatro meses *in statu quo*

Sólo que esos tres ó cuatro meses fueron empleados en un prodigioso trabajo, de que no me di cuenta hasta más tarde.

Yo era naturalmente sobrio, como todos los hombres del Mediodía ; el hambre y la sed, hasta la edad de cuarenta años, habían sido para mí una necesidad que cumplir, no un placer que satisfacer ; pero poco á poco, conducido á la fatiga por el exceso del placer, me impulsó Úrsula á pedir á la embriaguez sus enervantes excitaciones.

Como esos animales feroces que se presentan en los teatros, y cuyas fuerzas debilitan y doman sus amos, valiéndose para ello de secretos extraños, sólo de ellos conocidos ; así Úrsula llamó á su socorro los específicos más dañinos, los brebajes más soporíferos.

Los ajenos y el kirsch, esos dos venenos terribles, tomados á ciertas dosis, se hicieron mis licores predilectos, y se podía reconocer por la mañana en mis ojos huraños y embrutecidos, en qué vergonzosa orgía había pasado una parte de la noche.

Quedábame por la mañana como un recuerdo vago de los ensueños, en los que el sensualismo llegaba al dolor ; después me parecía siempre recordar, como se recuerda un ensueño, que durante la somnolencia de la embriaguez, una voz me había hablado de deseos misteriosos y terribles.

Lo que recordaba sobre todo, era que Úrsula se quejaba incesantemente del aya de los niños, como se había quejado del jardinero; lo que me parecía por la mañana era, que había prometido en aquellos momentos en que no quedaba en mí una fuerza de voluntad propia, despedir á la pobre mujer.

Después, por la mañana al despertar, aquella promesa, hecha por la noche, se disipaba por sí misma como humo, en medio de otros humos de la embriaguez.

Pero una mañana, Úrsula abordó esta cuestión extraña.

— Hace mucho tiempo, dijo, que me habéis prometido despedir á Gertrudis, y no lo hacéis sin embargo; ¿qué es, pues, lo que os une tan singularmente á esa mujer?

Quedéme completamente aturdido. No tenía más que un recuerdo vago de haber hecho aquella promesa: ningún motivo tenía para despedir á Gertrudis, carácter inofensivo si los había, y que habiendo sido nodriza de mi cuñada, adoraba á sus hijos, y era de ellos adorada.

Aquella vez me negué claramente.

Me hubiera avergonzado de arrancar á aquellos pobres tiernos seres, de los que apenas me ocupaba, abandonándolos completamente á los cuidados de aquella buena mujer, la tierna solicitud que tanto necesitaban á su edad.

Entonces volvieron á comenzar más incesantes y más terribles las persecuciones que habían tenido lugar respecto al jardinero. Todas las noches, sometido á la influencia fatal del demonio que me poseía, prometía despedir á Gertrudis al día siguiente: todas las mañanas olvidaba mi promesa, y me negaba.

Encerróse Úrsula, como había hecho para el jardinero, pero soporté la prueba; confieso que aun no había agotado toda la vergüenza, hasta el punto de no sentir los repro-

ches de Mr. Sarranti, y soportar las lágrimas de los niños.

Aquella vez, pues, fué Úrsula la que volvió.

Se había arrepentido de aquel nuevo capricho, y venía á pedirme perdón.

Se deja adivinar con qué gozo la concedería el tal perdón.

Este regreso de Úrsula hacia mi, coincidía con dos circunstancias de la mayor importancia, de las cuales no me di cuenta hasta más tarde.

La vispera había pedido licencia Juan por algunos días para ir á arreglar en Joigny un pequeño asunto de sucesión.

Por la mañana nos había prevenido Mr. Sarranti de que su presencia era necesaria en París dos ó tres días.

Alejados Juan y Mr. Sarranti, las únicas personas que quedábamos en el castillo éramos, los dos niños, Gertrudis, Úrsula y yo.

Hice esta observacion á Úrsula.

— ¿No soy vuestra servidora en el lecho y en la mesa? respondió.

Y acompañó esta respuesta con una mirada, que me daba una idea de la doble embriaguez que me aguardaba.

Vino la noche; la comida estaba servida como de costumbre, en la habitación de Úrsula. Nos encerramos á eso de las diez.

Nunca bacante alguna impulsó á su amante á la embriaguez con más ardientes seducciones. Me parecía que en vez de vino bebía una llama encendida en la mirada de sus ojos.

Á eso de las once me pareció oír quejas; hice la observación á Úrsula.

— Pues bien, dijo, id á ver quién se queja.

Intenté levantarme de mi silla, pero aún no había dado tres pasos, cuando volví á caer en un sillón.

— Tomad, dijo, bebed este último vaso de vino, mientras que voy á verlo yo en lugar vuestro.

Llegaba un momento en que no sabía hacer otra cosa que lo que me decía Úrsula. Vacíé pues el vaso hasta la última gota.

Entonces se levantó Úrsula y salió.

Yo no sé cuánto tiempo estuvo por allá; porque yo había caído en esa somnolencia de la embriaguez, que nos aísla enteramente de lo que nos rodea.

Sacóme de ella el contacto de un vaso que se acercaba á mis labios.

Abri los ojos, y reconocí á Úrsula.

— ¿Qué era? le pregunté conservando un vago recuerdo de las quejas que había oído.

— ¡Oh! dijo, es Gertrudis que está bastante mala.

— ¡Gertrudis mala! balbuceé.

— Si, dijo Úrsula, se queja de calambres y dolores de estómago, y nada quiere tomar de mi mano. Deberías bajar y hacerle beber, aunque no fuese más que un vaso de agua azucarada.

— Conduceme, le dije á Úrsula.

Entonces me acuerdo que bajé la escalera, que Úrsula me condujo á una antecámara, que me hizo azucarar un vaso de agua con azúcar en polvo, y que empujándome en la habitación de la enferma, me dijo:

— Vamos, llevadle eso, y tratad de que no conozca que estáis ebrio.

En efecto, avergonzado yo mismo del estado en que me encontraba, reunía toda mi razón, y marchando hacia el lecho de Gertrudis con paso bastante firme, le dije:

— Tomad, buena Gertrudis, bebed ese vaso de agua, que os hará provecho.

Hizo Gertrudis un esfuerzo, alargó el brazo, y vació el vaso.

— ¡Oh! dijo, ¡señor, siempre el mismo gusto! ¡Señor! ¡señor! un médico. Estoy segura de que estoy envenenada.

— ¡Envenenada! repetí mirando con terror en torno mio.

— ¡Oh! señor; ¡en nombre del cielo! señor, en nombre de vuestro pobre hermano, ¡un médico! ¡un médico!

Salí asustado.

— ¿Oyes? dije á Úrsula, dice que está envenenada, y pide un médico.

— Pues bien, dijo Úrsula, corred hasta Morsang y traed á Mr. Rousin.

Era éste, en efecto, un anciano médico que venía algunas veces á comer con nosotros, cuando sus excursiones le conducían hacia aquella parte donde se hallaba el castillo.

Cogi mi sombrero y mi bastón.

— Bebamos, dijo Úrsula, el último vaso de vino; hace frío y tenéis que andar dos leguas,

Y me presentó un brebaje que por más acostumbrado que estuviese á los licores fuertes, me quemó el estómago, comí si hubiera tomado vitriolo.

Salí, atravesé el jardín, gané la puerta del campo con gran trabajo; pero apenas había dado doscientos pasos en el camino de Morsang, cuando vi los árboles dar vueltas, el cielo me pareció de color de fuego, y la tierra se escapaba de debajo de mis pies: al fin caí sobre el camino.

Al día siguiente me encontré en mi lecho; me parecía que salía de una pesadilla horrible.

Llamé.

Acudió Úrsula.

— ¿ Es verdad, ó he soñado que Gertrudis había muerto ?

— Es verdad, dijo Úrsula.

— Pero, añadí vacilando, ¿ ha muerto envenenada ?

— Es posible.

— ¡ Cómo que es posible ! exclamé.

— Sí, dijo Úrsula, sólo que no hay que decirlo, en atención á que como nada ha tomado más que de mi mano y de la vuestra, podría decirse que la habíamos envenenado nosotros.

— ¡ Y por qué se había de decir eso ?

— ¡ Diablo ! respondió tranquilamente Úrsula : el mundo es tan malo...

— Pero al fin habrá de darse una razón á ese crimen, dije todo espantado.

— Se encontrará una.

— ¿Cuál ?

— Diráse que os habéis desembarazado primero del aya, para desembarazaros después más fácilmente de los niños, á quienes debéis heredar.

Lancé un grito y oculté mi cabeza entre las sábanas.

— ¡ Oh ! desgraciada, murmuró el monje.

— ¡ Aguardad ! ; aguardad ! dijo el moribundo ; aun no hemos llegado al fin ; pero no me interrumpáis, porque me siento muy débil.

Escuchó fray Domingo con el corazón anhelante y el pecho oprimido.

Mr. Gerard continuó :

## CAPÍTULO VII.

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO.

La muerte de Gertrudis no despertó ninguna sospecha, sino solo un gran dolor.

Los niños, sobre todo, estaban inconsolables.

Había intentado Úrsula reemplazar á Gertrudis cerca de ellos ; pero le tenían horror.

Leona especialmente no podía verla.

Yo había caído en una melancolía profunda ; durante cuatro ó cinco días estuve encerrado en mi cuarto.

Había vuelto Mr. Sarranti é intentó consolarme de aquel suceso ; comprendía que sintiese una buena y fiel criada ; pero no comprendía un pesar que se asemejaba al remordimiento.

Me propuso que tomase otra mujer para ponerla al lado de los niños ; no querían, y temiendo la oposición de Úrsula, alegué la repugnancia de los niños para no reemplazar á la pobre Gertrudis.

Úrsula continuaba gobernando la casa como si nada hubiera sucedido, permaneciendo siempre á la distancia propia de su posición, y no inquietándose por mí, como si estuviera bien segura de que no podía escaparme de sus redes.

Un día la encontré en un corredor.

— ¿ Qué hariais, me preguntó al pasar, si hubiera sido yo la que hubiese muerto en vez de Gertrudis ?

— ¡ Oh ! si hubieras sido tú, dije encontrando en su mirada aquella llama que me hacía vivir devorándome ; si hubieras sido tú, Úrsula, hubiera muerto yo también.

— Pues bien, no he sido yo, dijo, conque vivamos.

Después, con una sonrisa de demonio :

— Te aguardaré esta noche, Gerardo, me dijo en la jerga del país.

— ¡ Oh ! no, ciertamente no, me dije á mí mismo : no iré.

— Padre mío, continuó el moribundo, los naturalistas hablan del poder fascinador de algunos animales, y entre otros de la serpiente, que hace caer de rama en rama al pájaro, desde la cima del árbol hasta su humeante boca abierta : el espíritu malo, padre mío, había dotado á aquella criatura de un poder igual ; porque después de haber resistido hasta las once de la noche, me sentí invenciblemente atraído hacia su habitación, y á pesar mío, resistiéndome, atravesé el corredor y subí paso á paso la escalera fatal, en el alto de la que me esperaba.

Os he confesado, que al día siguiente de aquellas noches, pasadas en la orgía, no conservaba más que una idea confusa de lo que había hecho ó dicho, ni de lo que se había hecho delante de mí, ó se me había dicho.

Al día siguiente de aquella noche, me pareció que no se había tratado entre Úrsula y yo más que de las delicias que podrían procurarse con una fortuna de dos ó tres millones.

Al recordar, aunque de una manera confusa, aquella conversación, me estremecí, porque nunca podía ser propietario de aquella fortuna de dos ó tres millones, más que por la muerte de los hijos de mi hermano.

¡ Y qué probabilidad había de que Dios llamase á sí á

aquellos dos hermosos niños, perfumados y frescos como las flores, entre las que jugaban !

Es verdad que aquella muerte repentina de Gertrudis me espantaba.

Cuando venían á oprimirme el corazón semejantes ideas, iba á buscar á Mr. Sarranti, le hablaba de lo primero que me ocurría, en seguida llevaba la conversación á los niños y no le dejaba sin recomendarle que vigilase bien sobre ellos.

Él, que los amaba con toda su alma, me respondía :

— Estad tranquilo, no les dejaré nunca, á menos que circunstancias más poderosas que mi voluntad...

Y entonces se anublaba su frente, y hubiérase creído que adivinaba que una siniestra desconfianza, no de mí, sino de los demás, me impulsaba á decirle que vigilase por los dos tiernos seres que le estaban confiados.

Ahora, padre mío, os diré en virtud de qué cadena de seducciones infames, de monstruosos deseos, concluyó aquella mujer por acostumbrarme á aquella idea, á saber que podía sobrevenir tal accidente, que me hiciese propietario de aquella fortuna, que comenzaba á creer necesaria para mi felicidad, porque todas las noches Úrsula me recordaba que era necesaria para la suya.

Por lo demás, ¡ cosa singular ! aunque nunca se hubiese tratado de matrimonio entre Úrsula y yo, todo el mundo sabía tan bien cuáles eran nuestras relaciones, que todas las gentes de escalera abajo, para hacer la corte á Úrsula, la llamaban Mad. Gerard.

Hasta los mismos niños habían tomado esta costumbre.

Repetían lo que oían decir.

Estoy seguro que la intención de Úrsula era ser madama Gerard ; pero sin duda aguardaba que mi vida estu-

viese ligada á la suya con las cadenas de una espantosa complicidad.

Á veces, durante el día, me estremecía, pronto á lanzar un grito de terror; y era que pensamientos sangrientos, semejantes á espectros, venían á enderezarse delante de mí.

Entonces corría hasta que encontraba á alguno.

Si encontraba los niños, huía por el lado opuesto al en que los veía.

Si encontraba á Mr. Sarranti, le repetía la recomendación de que velase por sus discípulos, y añadía:

— ¡ Amo tanto á esos pobres y queridos hijos de mi buen Santiago !

Con aquellas palabras de ternura, pronunciadas en voz alta, me tranquilizaba, me daba fuerzas á mi mismo.

Venían después las noches, y, Penélope infame, destruía Úrsula con sus besos, sus deseos, sus apetitos extraños de voluptuosidad inaudita, el santo y misericordioso trabajo que mi conciencia hiciera durante el día.

Pero debo confesarlo, cada día, la obra de la noche destruía con menos trabajo la obra del día.

En fin, aun cuando sólo viese en un porvenir lejano la realización de la terrible esperanza, me habitué poco á poco á mirar los bienes de mis sobrinos como mis bienes, su fortuna como mi fortuna, y una vez me sucedió decir delante de Úrsula:

— Cuando sea rico, compraré la propiedad vecina.

En verdad, ¿ qué era lo que podía hacerme rico ?

¡ Una casualidad ! Así la llamaba Úrsula; una casualidad que me hiciera heredero de la fortuna de mis sobrinos.

En verdad, padre mio, dijo el moribundo meneando la cabeza, que quien cuenta con la casualidad en semejantes

circunstancias, está bien cerca de ayudar á la casualidad misma.

Quando llegó á esta parte de su confesión, estaba de tal modo descompuesto el semblante de Mr. Gerard, que el monje creyó deber interrumpirle, por más curiosidad é interés que tuviese en oír la continuación de los acontecimientos cuya serie se desarrollaba delante de él sombreándose á medida que se iban desarrollando.

Calló, en efecto, un instante el moribundo, pero para reunir todas sus fuerzas; una vez llegado á aquel punto de su relato, parecía tan deseoso de acabarlo como tímido había estado para principiarlo.

Y sin embargo, bajo aquella máscara lívida, sobre la que fijaba el dominico su mirada casi asustada, pasaba un rudo combate, porque el enfermo volvió á emprender su narración con una voz tan débil, que para comprender lo que decía se vió el monje casi obligado á colocar su oído á los labios del moribundo.

— Mientras tanto, replicó Mr. Gerard, ocurrió un incidente que no debo pasar en silencio.

La niña, que se llamaban Leona, era de una belleza exquisita, pero al mismo tiempo tenía un orgullo extraordinario en una niña de aquella edad; habituada en el Brasil, de donde había salido á la edad de cuatro años apenas, á ser servida por veinte criados de una obediencia pasiva, de una sumisión absoluta, se había acostumbrado á mandar con una palabra, y á ser obedecida con solo un signo.

Más de una vez, desde la muerte de Gertrudis, había tenido que quejarse de Úrsula, que, no ocultando el odio que le profesaba, había empleado en los cuidados que le dispensaba, ó una negligencia ó una brutalidad de que se había dado cuenta la niña.

Dos ó tres veces se me había quejado ; pero viendo que sus quejas en nada cambiaban las maneras de Úrsula para con ella, se había quejado á Mr. Sarranti, el cual, con toda la delicadeza posible, me había hecho comprender, que mi indulgencia personal para con Úrsula no debía autorizar á ésta para olvidar que Victor y Leona eran los verdaderos dueños de la casa.

Una mañana que los dos niños se divertían en arrojar al estanque piedras, que Brasil iba á buscar, sumergiéndose en él, se quejó Úrsula del dolor de cabeza que le causaban los ladridos del perro.

En consecuencia gritó por la ventana á los niños que cesasen en sus juegos, ó que al menos adoptasen uno que no excitase los ladridos de Brasil.

Miraron los niños de quién procedía aquel mandato, y viendo que procedía de Úrsula continuaron jugando.

— Cuidado, Leona, dijo Úrsula á la niña, á quien odiaba muy particularmente.

— ¿ Con qué ? preguntó la niña.

— Con hacerme bajar ; porque si me haces bajar te azotaré.

— ¡ Ah ! por ejemplo ; ¡ pues venid ! respondió la niña.

— ¡ Ah ! me desafías, dijo Úrsula ; espera un poco, que allá voy.

Y lanzándose al jardín, franqueó corriendo el espacio que separaba la gradería del estanque, y extendió la mano para coger la niña, que al verla venir la había esperado sin dignarse dar un paso atrás.

Pero en el momento en que iba á coger á la niña, se echó á ella el perro y la cogió por un brazo.

Lanzó Úrsula un grito terrible, menos de dolor que de cólera. Aquel grito hizo acudir de dos lados diferentes á dos personas.

Á Mr. Sarranti que se llevó los niños, y al jardinero que hizo al perro soltar su presa.

Volvió Úrsula y me mostró su brazo ensangretando.

— Espero, dijo, que castigaréis á vuestra sobrina y mataréis el perro.

Tal vez hubiese accedido á este deseo ; pero intervino Mr. Sarranti y me lo impidió.

Todo lo había visto y oído, y en su opinión Leona era inocente.

En cuanto á Brasil, con su instinto de servidor adicto, había defendido á su pequeña ama, y no merecía la muerte por ello.

Me contenté pues con prohibir á los niños que fuesen á jugar en adelante á orillas del agua, y mandar que Brasil permaneciese atado en su nicho.

En cuanto á Úrsula, abandonó su doble idea de venganza con una facilidad, que me admiró y me asustó al mismo tiempo.

## CAPÍTULO VIII.

### EL SECRETO DE MR. SARRANTI.

Un acontecimiento que por entonces pasó en la casa, vino fatalmente á suministrar á Úrsula la ocasión de cumplir el siniestro proyecto que meditaba mucho tiempo hacía.

Estábamos á mitad del mes de Agosto de 1820.

Hacia unas tres semanas que Mr. Sarranti había roto

repentina y bruscamente todos sus hábitos. Su vida, hasta entonces de una rígida regularidad, se había tornado con grande asombro mío, en una cadena de excentricidades, que comenzaban á llamar la atención de las apacibles gentes de la aldea, y particularmente de las del castillo.

Venían á buscarle á medianoche, y partiendo al instante mismo con los que venían á buscarle, desaparecía durante días enteros, contentándose con dejar para mí á Juan, que era su criado de confianza, una palabra en que me anunciaba su ausencia, sin motivarla ni fijar la duración de ella.

Otras veces entraba en conferencias con amigos de París á los primeros albores de la mañana, y encerrándose con ellos en su cuarto ó en el pabellón del parque, permanecía allí rehusando venir á desayunarse, y algunas veces hasta á comer.

Se le había encontrado al anochecer conversando con hombres condecorados, vestidos con largos redingotes azules, abotonados hasta la barba, y que tenía en todo su porte maneras de militares en traje de paisanos.

Úrsula había escuchado muchas veces á la puerta de su cuarto, de su gabinete, ó del pabellón, intentando coger al paso el secreto de aquellas largas, frecuentes y misteriosas conversaciones.

Las palabras sin coherencia que había oído, podían ponerla sobre la huella; pero la poca trabazón de aquellas palabras entre sí, hacía que la huella se borrara al instante, y se perdiese.

Sin embargo, como en el número de las palabras sorprendidas por ella se oían con más frecuencia que ningún otro los nombres de Luis XVIII y el emperador Napoleón, no le costó trabajo á Úrsula adivinar, que se trataba de un

complot militar, que tenía por objeto trastornar y destruir el gobierno actual, reconstituyendo el imperio.

Me acuerdo de la alegría diabólica con que Úrsula me dió parte de aquel descubrimiento. Detestaba á vuestro padre, que en toda circunstancia tomaba el partido de los niños, y no dudo que le hubiera denunciado á la policía, si un proyecto de otra clase no hubiera absorbido toda su atención, y si no hubiera visto con su terrible perspicacia en los designios de vuestro padre algo que podía servir á su designio.

Aguardaba pues el día, la hora, el momento de obrar, como el tigre, agachado, aguarda el momento de lanzarse sobre el viajero.

Había á la vez algo de la serpiente y del tigre, en aquella criatura paciente é implacable.

El 18 de Agosto, Mr. Sarranti, que había dejado el castillo durante la noche, me había rogado en una esquila que fuese por mí mismo á recoger del notario de Corbeil los cien mil escudos que había depositado en su estudio.

Debía pedirle, que si podía ser, para la mayor facilidad de transportarlos, devolviese el todo, á al menos la mayor parte de la cantidad, en billetes de banco.

Desde por la mañana hice poner el caballo al carruaje, y fui á Corbeil.

Mr. Henry tenía pocos billetes de banco, de modo que llevé los cien mil escudos en oro, como los había entregado.

Volvió Mr. Sarranti durante el día, y me mandó á preguntar si podía conversar conmigo durante algunos instantes.

—Yo estaba con Úrsula.

— Voy á bajar, le dije á Juan.

— ¿ Por qué no hacéis que suba aquí Mr. Sarranti ? dijo. Estaríais mejor para hablar.

— Decid á Mr. Sarranti que puede subir, le dije á Juan.

En seguida salió Juan.

— ¿ Queréis dejarnos ? dije á Úrsula.

— ¿ Tenéis pues secretos para mí ? preguntó.

— No, pero los secretos de Mr. Sarranti son suyos, y no míos.

— Con vuestro permiso, Mr. Gerard, los secretos de Mr. Sarranti serán nuestros, ó se guardará sus secretos.

Y al concluir estas palabras, en vez de salir, entró en un gabinete de tocador, desde el cual se podía oír todo lo que se decía en mi habitación, y se encerró en él con llave.

Apenas se había cerrado cuando se abrió la puerta del corredor, y entró vuestro padre.

Yo hubiera podido, hubiera debido llevar á Mr. Sarranti á otra habitación, á alguna calle desierta del parque, en medio del prado ; pero tuve miedo de lo que pasaría entre Úrsula y yo cuando nos volviésemos á encontrar frente á frente.

Así que, cuando me preguntó :

— ¿ Estamos solos ? ¿ puedo hablaros con toda confianza ?

No vacilé en responder :

— Estamos solos, amigo mío, y podéis hablar.

¿ Sabéis lo que tenía que decirme vuestro padre, hermano mío, preguntó el enfermo, y debo repetíroslo ?

— Nada sé, caballero, respondió Domingo ; cuando mi padre dejó la Francia, estaba yo en el seminario, y no tuvo tiempo para venir á decirme adiós. He recibido después

una carta suya, fechada en Lahore ; pero tenía por único objeto tranquilizarme respecto á su salud, y enviarme una cantidad de dinero que pensaba necesitaría.

— Voy pues á deciros entonces, replicó el moribundo, cuáles eran los proyectos de vuestro padre, y en qué complot había entrado.

— Creed por lo pronto, mi querido Mr. Gerard, me dijo vuestro padre, que todo lo que voy á referiros lo conocía vuestro hermano, desde el primer día en que le volví á ver ; de modo que sabía perfectamente que abría su puerta á un conspirador, cuando me encargó de la educación de sus hijos.

Conocéis mi nombre y mi país. Soy Corso, nacido en Ajaccio, el mismo año que el emperador. Le dediqué mi vida, le seguí á la isla de Elba, después de la abdicación de Fontainebleau, á Santa Elena, después de la batalla del monte San Juan.

Llegará un día en que se sepa á qué suplicio ha sido condenado por los reyes el hombre, que unos primero y otros después, ha tenido á todos los reyes en sus manos, y la publicidad de la historia será el castigo de sus carceleros y de sus verdugos.

Así que desde el principio de 1817 me ocupé sin decir nada al ilustre prisionero del cuidado de hacer que se evadiese. Trabé inteligencias con un buque americano que acababa de hacernos pasar cartas del anciano rey José, retirado en Boston ; pero el emperador desaprobó completamente lo que yo había hecho, y denunciándome él mismo al gobernador, dijo :

— Enviadme al instante á Francia á ese buen mozo que quiere hacer que me escape de este lugar de delicias que se llama Santa Elena.

Y le repitió con todos sus detalles el plan de evasión que acababa de revelarle.

La gracia que pedía, es decir, el envío á Francia de uno de sus fieles servidores, era de aquellas que siempre se conceden. Así que, se fijó mi marcha para de allí á dos días, que llevaría anclas para Portsmouth un barco que se encontraba en disposición de darse á la vela en el puerto James-Town.

Yo estaba desesperado, creyendo que había incurrido en la desgracia del emperador, cuando recibí por medio del general Montholón la orden de comparecer delante de él.

Introdujome el general en el dormitorio del emperador, y éste le hizo señas de que nos dejase solos.

Apenas estuve solo con él, cuando me arrojé á sus pies suplicándole que me perdonase, y que revocase la decisión de enviarme á Francia.

Dejome hablar, mirándome con sonrisa; en seguida, cogiéndome por una oreja:

— Vamos, levántate, tonto, me dijo.

Estas palabras estaban tan lejanas de los reproches que yo esperaba, que me levanté todo aturdido.

— No te perdono, me dijo, atendido á que no tendría que perdonarte más que tu demasiada fidelidad y demasiada abnegación, y esas cosas no se perdonan, picaro corso, esas cosas se recuerdan.

— ¡Pues bien! entonces, señor, en nombre del cielo, exclamé, no me alejéis de vos.

— Sarranti, me dijo el emperador mirándome fijamente, tengo necesidad de ti en Francia.

— ¡Oh! entonces, señor, exclamé, es otra cosa; y por más deseos que tenga de permanecer á vuestro lado, estoy pronto á partir en el instante mismo.

— Escucha, me dijo el emperador, porque las cosas que voy á confiarte son graves; aun tengo partidarios en Francia.

— ¡Ya lo creo! Tenéis un pueblo entero, señor.

— Algunos de mis viejos generales conspiran para mi regreso.

— ¡Oh! señor, y en efecto, ¿por qué no habríamos de volveros á ver aún sobre el trono? Bien habéis vuelto de la isla de Elba.

— No se escribe segunda vez una página como esa en una vida como la mía, me respondió el emperador sacudiendo la cabeza. Por otra parte, tengo la idea de que para el porvenir del mundo, vale más que yo muera aquí, y que el emperador de los pueblos tenga su pasión y su Gólgota, como Jesucristo. Mi muerte será hermosa, Sarranti, y no quiero faltar á mi muerte.

Y me decía estas palabras con la misma mirada de triunfo que dictaba la paz después de Marengo, Austerlitz ó Wagram.

En Santa Elena había vuelto á encontrar su genio, perdido un instante, como después del sudor de sangre que le había recordado por un momento que era hombre, Jesucristo, se había reconocido de nuevo el hijo de Dios.

— ¿Qué debo pues hacer, señor? le respondí; y ¿por qué no permitís que, como otro Simón Cireneo, permanezca aquí para ayudaros á llevar vuestra cruz?

— No, dijo el emperador; ya te lo he dicho, Sarranti, necesito en Francia un hombre seguro, un hombre que vaya á decir á aquellos de mis bravos lugartenientes que no se han prostituido, ni á los Borbones, ni al extranjero; á los Clausel, á los Bachelu, á los Gerard, á los Foy, á los Lamarque, que no piensen más en mí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apr. 20 1885 MONTERREY, MEXICO

— ¿Por qué, señor?

— Porque yo, como los antiguos emperadores romanos, he pasado á Dios; y desde lo alto de mi cielo de lumbre les miro. Irás á buscarles de mi parte y les dirás: « ¡No penséis ya en el emperador más que para pensar que os ama y os ama; pero tiene un hijo que se le enseña tal vez á odiarle, y de seguro á desconocerle; pensad en este hijo!

— ¡Oh, señor! sí, sí, les diré todo eso.

— Pero no comprometáis su infancia más que en un complot en que estéis seguros de triunfar. Recordad lo que se ha hecho con los Astijanaz y los Británicos, el día que se creyó que podían ser peligrosos.

— Se lo diré, señor.

— Escucha, Sarranti, hé aquí un detalle que podrá ser de alguna utilidad á los que intentaren sacarle de Viena.

— Escucho, señor.

— Mi hijo habita á una legua de Viena, el mismo castillo que yo he habitado dos veces, una en 1805, después de Austerlitz; otra en 1809, después de Wagram; esta vez permanecí allí cerca de tres meses.

Habita el ala derecha, que había elegido yo para mi habitación íntima.

¿Quién sabe? ¡Cosa extraña! Tal vez su alcoba es la mía; sería preciso informarse de esto.

— Sí, señor.

— Hé aquí por qué: fastidiado de tener que atravesar las habitaciones y las antecámaras, siempre llenas de cortesanos y pretendientes, para bajar á los jardines donde me gustaba pasearme por la mañana, y algunas veces bastante entrada la noche, había mandado, no al arquitecto de palacio, sino á mis oficiales de ingenieros, que abriesen una puerta y estableciesen una escalera secreta. La puerta daba

á mi gabinete de vestir, la escalera á una especie de invernadero: empujando un botón oculto en el marco de un espejo, entraba éste en la techumbre, y descubría la abertura. Pues bien, Sarranti, comprenderás que si mi hijo tiene guardas de vista, tal vez por allí podrá huir, reunirse á los que le esperen en el parque, y ganar la frontera con ellos.

— ¡Oh! sí, señor, comprendo.

— Escucha: hé aquí un plano del castillo de Schöenbrunn, que yo mismo he hecho esta noche: el ala del castillo, que yo habitaba, ahí está con todos sus detalles; el dormitorio, el cuarto de vestir, hélos ahí; ahí está el diseño de la moldura que es preciso empujar. Ese plano está firmado por mí; ocúltalo con cuidado á los espías ingleses; será tu signo de reconocimiento.

— ¡Oh! estad tranquilo, señor; será preciso matarme para cogérmelo.

— Trata de vivir y de que no te lo cojan, que será mejor. Espera, no es eso todo.

El emperador fué á un cofrecito colocado debajo de su cama, y que contenía un millón en oro; cogió trescientos mil francos, y me los dió.

— ¿Qué queréis que haga de este dinero? le pregunté.

— ¡Oh! estad tranquilo, señor corso, que no os lo doy á vos, os lo confío; ¿ois, maese Cincinato? os lo confío para las necesidades de la causa; lo emplearéis del modo que juzguéis conveniente; no es una gran cosa esa suma de cien mil escudos en manos de un imbécil, pero es un tesoro en las de un hombre inteligente. Yo hice mi primera guerra de Italia con dos mil luises que tenía en el cofre de mi carruaje, y al llegar al cuartel distribuí cuatro luises á cada general.